

LAZARO CARRETER, F., *Estudios de lingüística*. Ed. Critica, Barcelona, 1980, 251 págs.

El libro objeto de esta reseña está integrado por once artículos, todos ellos publicados anteriormente por su autor de forma dispersa.

El hecho de reunirlos en un único manual, amén de facilitar su accesibilidad, nos revela cuáles han sido las inclinaciones científicas y temáticas del profesor Lázaro Carreter en los últimos diez años.

Como se señala en la «Justificación», los cuatro primeros estudios versan sobre cuestiones gramaticales escasamente relacionadas entre sí. Se incluye a continuación el discurso pronunciado por el autor al ingresar en la Real Academia Española. Los cinco artículos siguientes están muy emparentados temáticamente, y constituyen un tramo unitario del libro. Finalmente, el último ensayo trata de un tema de orientación sociolingüística.

Repasemos, pues, los temas puntuales abordados en este volumen, así como sus respectivos enfoques.

En el primer estudio, titulado *SOBRE EL PROBLEMA DE LOS INTERFIJOS: ¿CONSONANTES ANTIHIÁTICAS EN EL ESPAÑOL?*, se intenta demostrar, en contra de las tesis de Malkiel, que, en nuestra lengua, determinadas consonantes (cafe-t-erfa) no tienen por principal misión destruir ciertos hiatos, pues todo parece indicar que dichas consonantes se integran en el radical del término en cuestión o, más frecuentemente, en el bloque sufijal. Asimismo, se aducen argumentadas razones en contra de los que sostienen que las presuntas consonantes antihiáticas deben ser consideradas como morfemas.

En el siguiente ensayo se aborda *EL PROBLEMA DEL ARTICULO EN ESPAÑOL*. Después de pasar revista a las distintas posiciones que se han adoptado históricamente con relación a este tema (Port-Royal, Dello, Guillaume, Amado Alonso y otros), el autor aventura una caracterización de «la clase de palabras llamada *artículo*», siguiendo un criterio fundamentalmente semántico. En la última parte de ese estudio se someten a revisión -ahora desde una perspectiva estructural- las tesis de Alarcos sobre esta categoría morfológica.

El tercer estudio, *SOBRE LA PASIVA EN ESPAÑOL*, trata de reivindicar la etiqueta de «pasivas» para muchas oraciones que, por su sentido formal con las atributivas, han sido identificadas con éstas. Los lingüistas de orientación estructural niegan que nuestra gramática deba registrar esa clase de oraciones, pues su carácter «pasivo» resulta de la interpretación

semántica de sus componentes, no de señales gramaticales específicas. Como consecuencia de ello, también se produce la identidad formal entre adjetivos y participios. Asimismo, los complementos preposicionales con *por* que ambos tipos de oraciones pudieran recibir incidirían sobre el adjetivo y el atributo respectivamente, formando con ellos atributos complejos.

Así, 1) «La noticia/es falsa *por* ciertos indicios»

2) «La noticia/es divulgada *por* los periódicos»

Lázaro Carreter considera que este planteamiento es objetable, no ya desde el punto de vista semántico, sino incluso desde el punto de vista formal. De esta forma, señala que una frase como 3) «La noticia es divulgada» puede ser transformada en 4) «Se divulga la noticia, mientras que una frase como 5) «La noticia es falsa» no puede transformarse en 6) *«Se falsea la noticia».

De la misma manera, una oración como 7) «La tirada fue reducida *por* el editor» puede ser convertida en 8) «El editor redujo la tirada». En cambio, 9) «La tirada fue reducida *por* el carácter minoritario de la edición» no admite la transformación 10) *«El carácter minoritario de la edición redujo la tirada».

En la última parte de este estudio se argumenta por qué resultan descalificables algunos presupuestos generativistas, según los cuales resultarían equiparables las oraciones pasivas y atributivas.

En TRANSFORMACIONES NOMINALES Y DICCIONARIO se expresa la conveniencia de acometer tareas lexicográficas en nuestra lengua que tengan como modelo los trabajos de Yu D. Apresyan, lingüista ruso empeñado en la tarea de elaborar un diccionario que atienda a la distribución de los vocablos, y según el cual un término tendrá tantas acepciones como distribuciones diferenciadas presente. Este tipo de diccionarios, según el profesor Lázaro Carreter, tendría la gran ventaja de reducir notablemente la redundancia que presentan los catálogos lexicográficos al uso. Es obvio que la mera indicación de que, por ejemplo, el verbo «abrir» se nominalice como «abertura» en uno de sus significados y como «apertura» en otro, ahorraría un espacio precioso para otras informaciones imprescindibles.

En el quinto ensayo de los que componen este libro, titulado EL PRIMER DICCIONARIO DE LA ACADEMIA, se nos cuentan las vicisitudes y criterios que presidieron la elaboración de la primera obra lexicográfica acometida por nuestra Academia, conocida comúnmente como «Diccionario de Autoridades».

Se nos habla de la precariedad de medios con la que contaban los autores, del tiempo récord en que la remataron; se nos pondera la vigencia y utilidad que, aún hoy, tiene esta magna empresa, decisiva en el transcurso histórico de nuestro idioma.

Asimismo, el autor se detiene en las razones, puramente anecdóticas, que determinaron a nuestros primeros académicos a elegir «castellano» en lugar de «español» para denominar nuestro idioma, razones que contrastan con la desmesurada trascendencia que, con el paso del tiempo, habría de dársele a esta cuestión.

En el estudio denominado EL MENSAJE LITERAL se persigue una caracterización de la lengua escrita frente a la lengua hablada, en la que se apuesta por la no absoluta identidad de ambos registros lingüísticos (se cuestionan de paso los puntos de vista que al respecto expresaron Saussure, Sapir, Bloomfield y otros). Frente a la consideración de la lengua hablada, el autor afirma que aquella, más concretamente, lo que denomina «lengua literal», tiene su propia norma, que depende, por ejemplo, del «género» con el que nos enfrentamos. En este sentido, sin ser mutuamente coincidente, el caso más claro de lenguaje literal es la literatura. No obstante, son lenguajes literales también las saluciones, las plegarias, los conjuros, los eslóganes, las consignas, las inscripciones, etc., modalidades todas -como hace notar el propio autor- susceptibles de ser reproducidas en sus propios términos.

Lo dicho no obsta para reconocer que, a veces, determinados discursos escritos son un reflejo fiel de la lengua hablada: piénsese, por ejemplo, en las cartas familiares; mas esto no es lo más común.

LA LITERATURA COMO FENOMENO COMUNICATIVO es un intento de caracterización de los mensajes literarios frente al resto de los mensajes lingüísticos, caracterización que el autor persigue, no a través de derroteros estéticos (por lo que ello implica de relativismo), sino más bien -diríamos- atendiendo a las características componenciales de lo que es una obra literaria: a diferencia de lo que ocurre con los otros mensajes, el literario es utópico y ucrónico; el receptor, por enfático que parezca, es universal e indiferenciado; el acto comunicativo en literatura se establece cuando el lector toma contacto con la obra.

En LENGUA LITERARIA FRENTE A LENGUA COMUN, el autor, tras adherirse a la opinión de los formalistas rusos de que la norma literaria no representa necesariamente un desvío respecto de la norma lingüística común, emite el aserto de que la literatura es un tipo de comunicación lingüística «sui generis». Y afirma que un planteamiento correcto del asunto implica la renuncia a hablar de lengua literaria como de algo que puede ser definido tal vez se llegue, por inducción, a la descripción de rasgos universales que permitan hablar de «lengua literaria».

Los dos estudios siguientes, LITERATURA Y FOLKLORE: LOS REFRANES y LA LENGUA DE LOS REFRANES ¿ESPONTANEIDAD O ARTIFICIO?, constituyen una tentativa de descripción del lenguaje paremiológico.

En el primero de ellos, se trata de justificar la no inclusión de los productos paremiológicos dentro de lo que llamamos literatura, contrariamente a lo que algunos han pretendido. Esta no inclusión de los refranes en el ámbito literario se deriva directamente de la diferencia nítida -al menos para el autor- entre literatura y folklore.

En el segundo estudio dedicado a los refranes se aventura un análisis de las características de éstos en tanto que meros productos lingüísticos. Así, se nos habla de su brevedad, de su carácter de «mensajes literales» (en el sentido más arriba expuesto), de su finalidad mnemónica, de sus matices arcaizantes, de la frecuente comparecencia de sustantivos sin artículo, etc.

En el último de los trabajos que configuran este volumen, titulado LENGUAJE Y GENERACIONES, el objetivo es dar respuesta a la pregunta de qué influencia ejercen las distintas generaciones de hablantes en el instrumento lingüístico que utilizan.

Según reconoce el propio autor, parece ser que la variable «edad» es una de las que menos importancia tiene en el sentido apuntado, lo cual contrasta con la extraordinaria repercusión que tienen en la lengua las circunstancias geográficas y sociales (diatópicas y diastráticas).

Sería ingenuo negar, no obstante, la efectividad de algunos fenómenos (fundamentalmente relativos al léxico) en los que determinados grupos tratan de reflejar su identidad de tales: la jerga «cheli», por ejemplo, como impronta lingüística de algunos grupos juveniles.

Pese a ello, la incidencia de estos comportamientos en la lengua general se le antoja al autor escasa y poco duradera. Todo parece indicar -según se nos dice- que los cambios, cuando se producen, responden siempre a necesidades del propio sistema lingüístico que los experimenta.

Por último, el autor manifiesta que tampoco le parece importante la influencia que los grupos generacionales de escritores literarios puedan ejercer en el idioma estándar, pues en los casos en que esto se ha dado como evidente (Góngora), siempre ha habido algún otro fenómeno coadyuvante que ha determinado esa influencia (el gongorismo, por ejemplo, fue asumido por predicadores de la época y por otros muchos escritores posteriores).

Por todo lo dicho y por lo que, como es del caso, hemos obviado, este libro nos parece especialmente recomendable, sobre todo para aquéllos que se sientan concitados por el interés de los temas tratados.

Gonzalo Ortega Ojeda